

¡No Es Mi Culpa! **enfrentando el acoso sexual y la violencia de género en trabajo de campo**

NATALIA ESCOBAR GARCÍA

Universidad ICESI, Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia

DOI 10.11606/issn.2316-9133.v27i1p256-273

resumen En este artículo se develan algunos riesgos que enfrentamos las antropólogas como investigadoras cuando realizamos trabajo de campo y las decisiones que debemos tomar en situaciones extremas para proteger nuestra integridad, que finalmente marcan nuestros trabajos de investigación. A través de mis experiencias etnográficas entre 2010 y 2017, en Bahía Málaga–Valle del Cauca-Colombia, pretendo interpretar el campo de investigación como un espacio sexualizado que nos confronta como mujeres y académicas. Además, argumento que es necesario implementar protocolos de seguridad para investigadoras durante el desarrollo de investigación etnográfica.

palabras claves: Trabajo de campo, seguridad, acoso sexual, etnografía, violencia, campo sexualizado.

It is not my fault! - facing sexual harassment and gender violence in fieldwork

abstract This paper unveils some of the risks that women researchers are exposed to when doing fieldwork, the decisions we take in extreme situations to protect our integrity, finally scar our research outcomes. Through my ethnographic experiences between 2010 and 2017 in Bahía Málaga–Valle del Cauca-Colombia, I aim to interpret the ethnographic field as a sexualized place that confront us as academic women. Additionally, I argue that is necessary to implement security protocols for women researchers while conducting ethnographic research.

Keywords fieldwork, security, sexual harassment, ethnography, violence, sexualized field.

Não é Minha Culpa! - Enfrentando o assédio sexual e a violência de gênero no trabalho de campo

resumo Este artigo revela alguns dos riscos que os antropólogos enfrentam como pesquisadores quando realizamos trabalhos de campo e aqueles que devemos tomar em extremo para proteger nossa integridade, que finalmente marca nosso trabalho de pesquisa. Através de minhas experiências etnográficas entre 2010 e 2017, em Bahía Málaga-Valle del Cauca-Colômbia, pretendo interpretar o campo da pesquisa como um espaço sexualizado que nos confronta como mulheres e acadêmicos. Além disso, argumento que é necessário implementar protocolos de segurança para pesquisadores durante o desenvolvimento da pesquisa etnográfica.

palavras-chave: trabalho de campo, segurança, assédio sexual, etnografia, violência, campo sexualizado.

Introducción: Ser etnógrafa

Esta es una etnografía del silencio¹. Escribo este artículo en lágrimas, mientras saco todo lo que el campo me ha quitado y me ha dado. No es lo que tuve en mente en 2015, cuando pensé mi proyecto de investigación de maestría y planteé estudiar la manera en que el Estado construía y mantenía “zonas pacificadas” en contextos de conflicto armado y violencia con énfasis en la Armada Nacional. Escribí el proyecto de investigación y salí a campo en septiembre de 2016. Mi relación con Bahía Málaga inició en 2010, me interesaban temas relacionados con conflictos territoriales, multiculturalismo, etnicidad y proyectos de desarrollo económico, temas que parecen ser importantes para los debates antropológicos actuales².

El debate principal de este artículo es la crítica a la academia por la manera en que las facultades de ciencias sociales nos envían a campo como antropólogas en un mundo ficticio basado en la nulidad del género, los peligros a los que estamos expuestas como

1 Existen múltiples maneras de nombrar los procesos etnográficos que exploran estos aspectos. Al respecto ver: Kidron, C. 2009. Toward ethnography of silence: The lived present of the past in everyday life of holocaust trauma survivors and their descendants in Israel. *Current Anthropology* 50: 5–27; Das, V. (compilador.) 2008. *Sujetos de Dolor, Agentes de Dignidad*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá Colombia; Blee, K. 1998. White-knuckle research: Emotional Dynamics in fieldwork with racist activists. *Qualitative Sociology* 21:381–399; Gregorio, C. 2014. Traspasando las fronteras dentro–fuera: Reflexiones desde una etnografía feminista. *Revista de Antropología Iberoamericana* 9:297–322; Guber, R. 2001. *La Etnografía, Método, Campo y Reflexividad*. Norma, Bogotá Colombia; Guber, R. 2005. *El Salvaje Metropolitano Reconstrucción del Conocimiento Social en el Trabajo de Campo*. Paidós, Buenos Aires Argentina; Katz, C. 1996. The expeditions of conjurers: ethnography, power and pretense. En *Feminist dilemmas in fieldwork*, editado por D. Wolf. pp. 170–184 Martin, A. 2006. Antropología del Género Culturas, Mitos y Estereotipos Sexuales. Cátedra Madrid España; Moore, H. 2004. Antropología y Feminismo. Cátedra Valencia España; Restrepo, E. 2016. *Etnografía: Alcances, Técnicas y Éticas*. Enviñón, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá Colombia.

2 Los resultados fueron socializados en dos formatos: una investigación y un artículo en proceso de publicación.

investigadoras y las acciones y actitudes de las facultades frente a estas situaciones en campo. Si bien el relato es difícil de leer y fue difícil de escribir, no pretendo con esto generar un discurso de pesar o lástima frente a estas situaciones en campo. Se trata de evidenciar, a través de la experiencia misma, que no soy la primera ni, lastimosamente, seré la última. Pretendo, por tanto, mostrar un debate que debemos dar, una discusión que debe ser abierta, sincera y manteniendo el respeto por el otro, generar cambios verdaderos dentro de una academia que debe modernizarse y mostrar una posición enérgica frente a estos hechos, que a diario son silenciados y puestos en tela de juicio por cuestiones como la posición de nosotras en campo, la “rigurosidad” científica o la “validez” la de nuestras etnografías.

Fui formada en la tradición antropológica que se ha construido como una disciplina androcéntrica³, esto ha implicado para nosotras, las investigadoras, asumir el rol del “antropólogo” silenciando el hecho que las experiencias de campo se viven de manera distinta para hombres y mujeres. La consecuencia de esta tradición que desconoce las diferencias de género ha sido la representación de las investigadoras como objetos en campo y, la invisibilización de situaciones que nos ponen en condición de vulnerabilidad. Este silenciamiento es producto de relaciones de poder que nos ubican en lugares específicos en la academia y en las cuales nuestras interpretaciones del mundo no son expresadas de la manera que propone el modelo masculino preponderante.

Esto, nos lleva a otro planteamiento, durante el desarrollo del trabajo de campo, quienes son observados, nos observan y de la misma manera en que los estudiamos, nos estudian, este argumento que tiene una larga historia en la antropología es una realidad durante el trabajo de campo. Nuestra posición como investigadoras genera maneras distintas de relacionarnos con quienes habitan el campo de investigación, la manera como somos observadas y representadas en los distintos lugares genera otro nivel de vulnerabilidad⁴.

3 Ver Ardener, E. 1975. Belief and the problem of women. En *Perceiving Women*, editado por S. Ardener, pp. 1-17. Dent, Londres; Martin, A. 2006. Antropología del Género Culturas, Mitos y Estereotipos Sexuales; Moore, H. 2004. Antropología y Feminismo. Cátedra Valencia España; Orthner, S. 1974. Is female to male as nature is culture? En *Woman, Culture and Society*, editado por M. Rosaldo y L. Lamphere pp. 67-88, Stanford University Press, Stanford; Reiter, R. 1975. *Toward an Anthropology of Women*. Montly Review Press. New York-Londres.

4 Ver Geertz, C. 1984. From the native’s point of view on the nature of anthropological understanding en *Culture Theory Essays on Mind, Self, and emotion*, editado por R. Shweder y R. LeVine. pp. 123–136. Cambridge University Press, United Kingdom; Guber, R. 2001. *La Etnografía, Método, Campo y Reflexividad*. Norma, Bogotá Colombia; Guber, R. 2005. *El Salvaje Metropolitano Reconstrucción del Conocimiento Social en el Trabajo de Campo*; Levi-strauss, C. 1988. Tristes Trópicos. Paídos Barcelona, España. Restrepo, E. 2011. Técnicas etnográficas; Tedlock, B. 1991. From Participant Observation to the Observation of Participation: The Emergence of Narrative Ethnography. *Journal of Anthropological Research* 47, p.69-94.

Es así como, más allá de la etnografía y los diarios, el campo se construye como un lugar sexualizado, marcado por las diferencias –asimetrías– de género respaldado por las investigadoras que nos silenciamos o que somos silenciadas. Situaciones en campo de las que poco se habla, se enseña o se investiga, como ser víctima de acoso y abuso sexual y otras formas de violencia de género tienen una carga emocional que se oculta para dar paso a la estructura misma de la academia que no solamente exige trabajos científicos, sino que no consideran estos aspectos de la vida como está ella misma investida en la dominación masculina. La ruptura de esta sinfonía etnográfica lleva a procesos aún más viscerales que el propio silencio. Por esta razón propongo el término *semo-grafía* como una manera de narrar el campo como un lugar sexualizado y cargado de emociones que se exagera en contextos difíciles y condiciones extremas para nosotras como etnógrafas.

El presente artículo está dividido en tres partes. La primera parte presenta los diferentes debates y enfoques que, desde la antropología han abordado el tema del campo como un lugar sexualizado, la subjetividad erótica de las etnógrafas y etnógrafos en campo, la manera en que las etnógrafas han abordado el tema de la violencia sexual en campo y las reflexiones acerca del trabajo de campo mismo. En la segunda parte describo mis experiencias etnográficas y, propongo de manera explícita el término “*semografía*” como una categoría para entender y plasmar las tensiones del campo, a través de los trabajos etnográficos. La tercera parte del artículo presenta algunas conclusiones acerca de la importancia de la seguridad de las investigadoras en campo y propongo algunas medidas como protocolos de seguridad, un imperativo dentro de las facultades de ciencias sociales de las universidades.

Subjetividad erótica, violencia Sexual y trabajo de campo

Un grupo pequeño de autoras y autores han discutido el impacto que puede tener ser mujer cuando se realizan investigaciones de campo. G. Sharp y E. Kremer argumentan que las dinámicas de género pueden poner a las investigadoras en riesgo de acoso o violencia por parte de los participantes y asistentes de investigación cuando se realiza trabajo de campo (2006; p. 317). Ellas, sugieren la importancia de implementar estrategias para incrementar la seguridad en el campo, estas incluyen recomendaciones de seguridad tales como tener contactos de confianza, desarrollar las entrevistas en lugares públicos y en casos que esto no sea posible, tener una persona que “interrumpa” la entrevista cada

cierto tiempo para asegurarse que la situación este totalmente controlada, tener una persona cerca o dentro del mismo lugar donde se está llevando a cabo la entrevista.

Por su parte, Coffey (1999) ofrece una lectura interesante para entender el investigador y el campo como lugares sexualizados, en los cuales no es posible despojar al investigador de su subjetividad. Según la autora, la asexualidad de los investigadores en campo es asumida. La reconceptualización sobre la manera en que se entiende a la investigadora o al investigador como un sujeto de deseo sexual tiene un impacto en la manera en que el trabajo de campo es construido. La autora enfatiza en la importancia de escoger la finalidad de usar la etnografía sobre la sexualidad y las experiencias sexuales en campo advirtiendo que no se deben privilegiar las confesiones sexuales de los etnógrafos, por sí mismas. Es necesario tener en cuenta la pertinencia y las reflexiones epistemológicas que surgen de estas relaciones de trabajo de campo “[las relaciones] dependen de las formas en que la subjetividad erótica y las experiencias del etnógrafo pueden ser aprovechadas para comprender mejor el campo y el yo y los límites y la conexión entre los dos. [...] Si decidimos hablar y escribir sobre el deseo y el sexo siempre será una cuestión de elección individual” (COFFEY, 1999, p.96).

Otro grupo de autoras pone el énfasis del debate en las situaciones a las que nos exponemos más allá de la subjetividad en el campo. Moreno (1995) argumenta que la violencia hacia las mujeres –el asesinato y la violación– es la manera que encuentran los hombres para mantener el orden de género. Resalta la importancia de poner este tema en la agenda de investigación de la antropología como un imperativo de las ciencias sociales. Argumenta que la violencia sexual contra las antropólogas [e investigadoras de campo], es por definición un problema antropológico.

Su postura al respecto pone en el énfasis en el esfuerzo de la academia por borrar cualquier rasgo que nos identifique como mujeres investigadoras, en cambio, se encarga enseñarnos y que reproduzcamos como proyecto académico, que el género en investigación y trabajo de campo no importa. Para nosotras, la reproducción de esta ficción resulta en qué si planteamos cuestiones específicas a nosotras como mujeres académicas/antropólogas en contextos académicos, corremos el riesgo de dañar nuestra identidad de antropólogas. “[...] ¿Quién quiere ser una antropóloga cuando es posible ser un antropólogo ‘real’ [...]? Los ‘antropólogos’ no son acosados o violados, las mujeres sí. [Para ella] No es posible mantener la ficción del yo sin género”. (p.246).

Teniendo en cuenta esto, Ross (2015) plantea la discusión sobre la importancia de hablar abiertamente sobre acoso y violencia sexual durante el trabajo de campo en clases de metodologías de investigación, para ella es necesario hablar abiertamente acerca de experiencias de violencia sexual, el objetivo de esto es ayudar a preparar a las investigadoras para el campo pero además, en las discusiones académicas es necesario para “confrontar tendencias masculinas todavía latentes en las formas en que los métodos y las estrategias metodológicas son concebidas, practicadas, escritas y estimadas” (p.181).

Las investigadoras en campo, nos ponemos en situación de vulnerabilidad ante la necesidad de confiar gran parte de nuestro trabajo a ‘informantes clave’, estos informantes generalmente tienen privilegios como la confianza y la dependencia que genera la información que pueden proveernos. En nuestro afán por construir relaciones que borren las jerarquías y las relaciones de poder presentes en el campo, intentamos entablar relaciones abiertas de sinceridad y amistad con nuestros informantes. Sin embargo, en muchas ocasiones el abuso de estas relaciones genera vulnerabilidad, es ahí donde nos ponemos en riesgo. Según ella, es necesario hacer preguntas críticas sobre los métodos de investigación y la manera en que estos perpetúan o debilitan los supuestos patriarcales sobre las definiciones de ideales sobre la feminidad.

Otros autores, resaltan la importancia de los cuidados y los protocolos de seguridad para nosotras mismas como investigadoras. Cada autor, propone los métodos que fueron más útiles para ellos durante el desarrollo del trabajo de campo. Goldstein (2014) plantea que ser etnógrafo, representa riesgos para los investigadores. Según él, una estrategia muy efectiva para mantenernos a salvo en contextos violentos es “adoptar la cultura local y las normas lingüísticas que los sujetos utilizan para mantener su propia seguridad” (GOLDSTEIN, 2014, p. 2). Sin embargo, pretender lograr una adaptación total en un medio marcado por la dominación, subordinación y violencia de género es algo ingenuo y sería interesante pensar en las estrategias específicas de adaptación.

El aporte a esta discusión radica en el análisis que propone argumentando que, en contextos violentos, los etnógrafos estamos expuestos a la ausencia de una reflexión académica que muestre que la investigación etnográfica implica ponernos en riesgo, además propone que el género juega un rol significativo en las relaciones que entablamos como investigadores con nuestros ‘colaboradores de campo’. Agrega que “las investigadoras pueden enfrentar amenazas que van desde bromas, insinuaciones y

contacto físico inapropiado hasta acoso sexual y violación [...]” (GOLDSTEIN, 2014, p.2). En estos contextos, las investigadoras enfrentamos no solo el daño inmediato que estas actuaciones generan, sino que además crean una atmósfera de temor, inseguridad y ansiedad.

Theidon (2014) plantea la necesidad de brindar herramientas para promover el autocuidado durante el trabajo de campo. Las clases de metodologías de la investigación nos entrenan para las dificultades y rigores del trabajo de campo. Sin embargo, cuando leemos parece que todo queda oculto, “Yo estaba mistificada cuando leí sus etnografías; todo parecía haber ido bien para ellos. Esto es, por supuesto, parte de la ‘magia de los etnógrafos’” (p.3)

Para ella es necesario cultivar técnicas positivas propias, esto incluye el auto cuidado antes, durante y después del trabajo de campo, nos ayuda a mantener el equilibrio entre la labor que desempeñamos, la responsabilidad que asumimos al adentrarnos en trabajo de campo, pero también durante el proceso de escritura en el cual se materializa el mito omnipresente del etnógrafo en el escritorio analizando sus datos y moviéndose entre la información de campo.

Considerando estas discusiones, ante un episodio de violencia de género que experimenté mientras realizaba trabajo de campo en el año 2016, propongo en este artículo una reflexión auto-semográfica para describir, en detalle, las dimensiones sexuales y emocionales que han atravesado mi trabajo etnográfico. De acuerdo con Ellis, Adams y Bochner (2011)

La autoetnografía es un enfoque de investigación y escritura que busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal para comprender la experiencia cultural. Este enfoque desafía las formas canónicas de hacer investigación y representar a otros. De esta manera, trata a la investigación como un acto político, socialmente justo y socialmente consciente. Un investigador utiliza los principios de la autobiografía y la etnografía para hacer y escribir la auto-etnografía. Por lo tanto, como método, la autoetnografía es tanto proceso como producto. (ELLIS; ADAMS; BOCHNER, 2011, sp).

Retomo esta forma de hacer etnografía y mi propuesta conceptual para interpretar mis experiencias. Mi memoria ha borrado algunos detalles de las primeras visitas a campo. Sin embargo, recuerdo mi trayectoria de manera general. Visité Bahía Málaga entre 2010

y 2014 durante el pregrado, y los aprendizajes de aquella época me hicieron vivir la experiencia actual de manera distinta, es por esa razón que ahora, tengo el valor para hablar y comprender lo sucedido.

Una Auto-Semo-grafía: Mis experiencias en el campo

Hace siete años, llegué a Bahía Málaga un corregimiento del municipio de Buenaventura en el corazón del Pacífico colombiano, rodeada de mar y selva, con una población predominantemente afro e indígena –de la etnia Wounaan–, aproximadamente 200 habitantes mestizos y una base naval que alberga alrededor de 2000 personas – militares y sus familias. Tenía ganas de aprender, pero también encontré la oportunidad para desconectarme cuando la universidad, la casa y la ciudad me pesaban mucho. La primera vez que fui a Ladrilleros me quedé en la casa del profesor Felipe⁵, quien vivía en el segundo piso de la Escuela Primaria de Ladrilleros. Fui con dos compañeros de la universidad, era la primera aproximación al campo, quería hacer contactos y aproveché la ocasión para discutir la idea de desarrollar un trabajo allí. Ese fin de semana conocimos algunas personas, Diego, un bogotano que decía ser escritor, pero cuyo producto nunca vi, y Don Miguel, un señor de la tercera edad que tiene un grupo ambiental de turismo ecoamigable.

La segunda vez que fui a Bahía Málaga viajé con Amanda, una amiga de la universidad, en el primer semestre de 2011. Don Miguel, cuidaba una cabaña que quedaba al lado de la casa donde vivía con su familia, nos permitió quedarnos el fin de semana. Amanda y yo salimos a caminar el primer día, estuvimos en la playa y hablamos con algunas personas. Algunos jóvenes de la playa empezaron a hacer preguntas personales, preguntaron si teníamos novio, Amanda, inmediatamente contestó “soy lesbiana”, no supe que tan beneficioso hubiera sido para mí contestar de la misma manera pues me gustaba la idea de hacer etnografía por un largo plazo en esta comunidad.

La tercera vez que fui, me quedé donde Diego, un hombre de 50 años que, por los rasgos de su cara revelaba más de 70 años. Después de esa visita, permanecí en su cabaña, “*Mar y monte*”. Esta quedaba en el filo del acantilado, tenía una entrada lejos del caserío, literalmente entre el mar y el monte. Era una casa rústica de dos pisos, medias paredes, olía a inmunizante artesanal —alquitrán y aceite quemado—, que le daban el aroma y el color

⁵ Los nombres de las personas que aparecen en este artículo han sido modificados para proteger la identidad de los informantes.

envejecido que me gustan tanto. Una barra que dividía la cocina, con bancas altas, un comedor, sin sala, y una hamaca en la mitad del salón. El segundo piso, un gran salón con una división y un balcón que rodeaba la casa, en el balcón dos hamacas y en el salón varias camas. Yo escogí la mejor. Realmente me gustaba ese lugar.

Yo andaba con Diego para todas partes, en varias ocasiones me hizo saber que consideraba que yo no era bonita, así que nunca estuve preocupada que me pasara algo con él. Incluso sabiendo que la casa de Diego era una zona de tolerancia⁶. Cada semana salíamos al pueblo para caminar y bailar, Diego compraba viche, en principio me sentía tan extasiada del lugar que salía con él.

A Diego le gustaba el viche y la marihuana, casi todos los días tomaba y al menos una vez por semana fumaba. La primera vez que presencié una “reunión de fumadores” fue así: 6 hombres de Ladrilleros llegaron con un balde de pescado crudo y otro de papas para freír. Diego prestaba su casa y los dejaba cocinar, se dividían las labores como equipo, algunos cocinaban mientras los demás armaban los cigarrillos de marihuana, yo escribía. Todos pensaban que yo estaba escribiendo una novela. Casi como un ritual, yo me iba a dormir cuando empezaban a prender los cigarrillos. Durante una de esas reuniones, conocí a Juan quien se convertiría en mi principal “informante”. En ese momento, él, un joven de 17 años, un año menor que yo. Me llevó a su casa, vivía con sus padres y 8 de sus 10 hermanos. Doña Sonia, su madre, una mujer de 45 años, propietaria de un restaurante. Ella me trató desde el principio como parte de su familia.

Las visitas a la casa de doña Sonia empezaron a ser constantes, ella me contaba cosas de su casa y yo eventualmente le contaba cosas de la mía, la relación con su familia se volvió muy importante. La relación con Juan era muy buena. Juan tenía una novia que vivía de camino a mi casa, ella era muy posesiva, y la gente en el pueblo empezó a decir que ella me podía golpear si me veía con él, yo temía todo el tiempo y deje de irme sola para la casa, aunque nunca me pasó nada no se me quitó el miedo que ella me inspiraba. El hijo mayor de doña Sonia, Álvaro, vivía con su esposa Andrea que estaba embarazada y su hijo mayor. Álvaro había pertenecido al Concejo Comunitario⁷ de Ladrilleros y me ayudó mucho con información de los procesos organizativos.

6 En el contexto colombiano se usa esta expresión para indicar que es un lugar sin reglas.

7 Las comunidades afrodescendientes rurales en Colombia están organizadas en Consejos Comunitarios, una figura de organización política dentro de los territorios.

Luego de un año de interacción, empecé a viajar a Bahía Málaga con más frecuencia; debo reconocer que fue muy duro para mis padres mantenerme económicamente. Iba al menos cada 15 días, vacaciones y todo mi tiempo libre estaba dedicado a Bahía Málaga. En julio de 2012, en las últimas vacaciones que pasé en Ladrilleros todo empezó a fallar. Carlos, un paisa de Pereira, recién llegado de Estados Unidos, encontró en Ladrilleros la playa para surfear. Él se quedaba en la casa de Diego, con otro hombre en la casa, Diego se sentía respaldado y yo me sentía desprotegida. Los dos salían cada fin de semana y yo que ya no estaba tan extasiada del lugar, no sentía la necesidad de salir, pero le tengo miedo a la oscuridad y prefería salir con ellos a quedarme sola.

A la casa, llevaban mujeres extranjeras que Carlos conquistaba y Diego chantajeaba para intercambiar sexo por hospedaje. Experimenté un episodio fuerte cuando Diego llevó a un surfista caleño de apellido Rodríguez (nunca supe su nombre) que viajaba con una argelina y Ana una fotógrafa también caleña. La argelina tenía una relación con Rodríguez, pero a Diego le gustaba ella, así que hicieron un acuerdo con Rodríguez. Rodríguez se hizo a un lado para que Diego tuviera relaciones con ella a cambio de hospedaje. Luego de una semana, Ana y la extranjera se fueron, Rodríguez se quedó con nosotros. Ahora éramos 4, tres hombres y yo.

La casa entera se estaba descontrolando, la gente entraba y salía, la calma que había sentido cuando llegué ya no estaba. Una noche como muchas, se reunieron a fumar, yo permanecí más tiempo escribiendo, uno de los muchachos me estaba enseñando a armar un cigarrillo, le dije que no era necesario, yo nunca fumé, aunque estuve muy cerca de ellos, me decían en tono de burla “péguelo, péguelo”⁸, no me interesaba aprender.

Ellos se quedaron hablando y riendo. Casi a las 2:00 de la mañana, me desperté, tenía que ir al baño, bajé las escaleras y cuando pasé por el salón del primer piso Juan estaba dormido en la hamaca, volví a la cama. Casi a las 5h00 de la mañana sentí que alguien se acostó a mi lado, Juan se pasó a mi cama y me puso su mano helada en el hombro, asustada me levanté, bajé las escaleras, Diego estaba sentado en el comedor, tenía cara de preocupación, hice café, le serví y me serví, prendió un cigarrillo y me dijo muy serio, “Rodríguez, Carlos y vos, se me están volviendo un problema, mi sobrino llamó, le contaron que tengo gente viviendo aquí, sin pagar, necesito que empaquen sus maletas y se vayan ya mismo de mi casa”. Nunca me habían echado de una casa, no sabía qué hacer,

⁸ “Pegar” es el último paso, cuando mojas con saliva el borde del papel para sellar el cigarrillo en forma cilíndrica.

ni siquiera había aclarado el día, Rodríguez se estaba levantando, me miró, de mala gana cogió su maleta y se fue sin decir ni una sola palabra.

A las 8 de la mañana, cuando Carlos se despertó, Diego nos dijo que no era necesario que nos fuéramos, que debíamos entender que se estaba enloqueciendo con Rodríguez en la casa, pero que él nos quería como si fuéramos sus hijos. Días más tarde tuve que viajar a Cali, le dije a Diego que iba a dejar una maleta con algunas cosas y que regresaba en una semana. Diego me dijo que yo no había entendido que esa no era mi casa y que él no era mi papá. Como no tenía dónde dejar mis cosas, me aguanté el regaño, pero dejé la maleta. Juan me comentó que Álvaro administraba unas cabañas, que podía quedarme ahí sin ningún problema. Hablé con él y cuando regresé, recogí las maletas que había dejado en la casa de Diego, quien me preguntó por qué no me quedaba en su casa otra vez, que no había problema y que, si yo estaba enojada, y sí, estaba enojada, pero no le dije nada. Me acomodé en las cabañas que administraba Alvaro, era la primera vez que dormía sola, tenía miedo. Juan se ofrecía a acompañarme, dormía en otro cuarto, Juan y yo pasábamos mucho tiempo conversando. En esos días debía viajar a Cali, así que aproveché para despejar mi mente y volver a mi casa.

En agosto de 2012 volví a Buenaventura antes que empezara el Festival del Petronio Álvarez⁹, quería tener tiempo para ir y volver. No recuerdo con exactitud qué hice esos días, pero recuerdo que doña Sonia me dijo que Juan iba para Cali, que había conseguido un trabajo y solo necesitaba quedarse unos días en mi casa. No fui capaz de decirle a ella que no. Hablé con mis papás y aunque no estaban muy convencidos aceptaron que Juan se quedara en la casa máximo cinco días.

Cuando Juan llegó a mi casa, no tenía trabajo. En cada habitación de mi casa retumba la música y por el parque transitaban asistentes del festival hasta altas horas de la noche. Juan salía con sus amigos y volvía con la rumba en la cabeza, la situación se estaba volviendo incómoda, pues él disponía de la casa como si fuera propia.

Recuerdo que un día, llegué a casa, como todas las luces estaban apagadas, pensé que iba a estar sola, para mí era un alivio, me gustaba llegar de la universidad y tener tiempo para relajarme, dormir. Abrí la puerta, salió la gata, empezó a maullar mientras se me cruzaba entre los pies. Subí a la cocina, serví café y seguí hasta mi habitación. Cuando subí

9 El Festival Petronio Alvarez es el festival más grande de música del pacífico que se realiza en Cali, capital del Valle del Cauca, cada año en agosto. Un festival que empezó como una remembranza de las tradiciones del pacífico para las personas de comunidades afrodescendientes que habían migrado a la ciudad hace años y que ahora ocupa un lugar importante en la agenda cultural de Cali, declarada la capital del Pacífico colombiano.

las escaleras, Juan estaba parado en la ventana fumando un cigarrillo, me asustó, le pregunté por mis papás, me dijo que todos habían salido. Me invitó a seguir, siempre me había gustado la vista de esa habitación, porque tenía un ventanal del tamaño de la pared y entraba mucha luz y mucho aire. Me paré a su lado, mirando por la ventana, me empezó a hablar me dijo que ya tenía trabajo y que pronto se iría de la casa.

Yo estaba descuidada, sentí un tirón, me cogió de la cintura y me tiró al piso. Sentí un golpe en la cabeza, antes de caer me golpeé con la pared. Empecé a llorar y le dije que parara, que por favor se detuviera. Se había transformado en un animal. No escuchaba. De su cara se borró la expresión y sus ojos se vaciaron. Le rogué que parara. Intenté soltarme, pero me golpeó de nuevo, esta vez contra el suelo, cuando recuperé la conciencia recuerdo haber llorado mucho, y verlo a él sentado en el colchón, se subió el pantalón y yo fui al baño, estaba muy asustada, le dije “¿qué hiciste?, ¡estoy sangrando!” Él alzo los hombros y me dijo, “sí, es normal”. 5 minutos después, llegó un carro a mi casa, él corrió, se subió y se fue. Dos días después regresó. Llamé a doña Sonia, le dije que no podía tener más a su hijo en la casa, me pidió que le ayudara para que se devolviera a Ladrilleros. Le di el dinero para que se fuera de la casa, para no verlo.

Por una semana tuve problemas para ir al baño, el ardor era insoportable, pero más que el dolor físico, el dolor del alma. ¿Qué me iba a decir a mí misma frente al espejo todos los días?, yo que me decía fuerte, valiente, que me enfrentaba a lo que fuera, ¿cómo me explicaba a mí misma que me había fallado estando en el lugar que más seguridad sentía en el mundo, mi casa?, ¿qué le iba a decir a mi mamá y mi papá?, ¿cómo asumir que esto no era mi culpa? Sentí miedo, me sentí sola, sentí que no podía decir nada porque todos me iban a acusar porque había dejado que esto pasara, era mi “informante de campo”, estaba en mi casa, era mi culpa. Así que opté por el silencio, aun siento que lo encubrí y obré mal. También siento que tomé la decisión por mi trabajo de campo y el amor que me habían enseñado, el amor que le tenía a lo que estaba haciendo. Un mes después, llamó a mi teléfono para decirme que estaba enamorado de mí.

En enero de 2013, cinco meses después, vacía y sin valor retomé mi trabajo de campo, ya no quería estar en Ladrilleros, llamé a Francisco, representante legal del Consejo Comunitario de La Plata, Bahía Málaga. Me llevaba a todas las reuniones, recorría las poblaciones, y me mostró otra parte de la historia, la de las comunidades más organizadas. Ese año fue de mucho aprendizaje, aprendí a piangüar, a andar en canaleta, escuchaba más

y aprendí de la gente. Francisco me prohibió ir acompañada a La Plata, la orden era que si alguien estaba conmigo debía quedarse en Juanchaco, decía que yo no necesitaba más protección que la del consejo. Sentí que estaba lista, debía continuar, decidí que no era momento para abandonar el trabajo que me había costado tanto y seguí adelante.

Una compañera de la universidad planeó un viaje a Ladrilleros con dos amigos más, le pedí que me llevara, me sentía acompañada. Llegamos el viernes en la tarde, y salimos un rato. Nos quedábamos en un hotel frente a la playa, sobre el acantilado y cerca de la discoteca del pueblo. Yo iba atrás, justo antes de cruzar la puerta del hotel me llamaron voltee, él estaba frente a mí, me cogió muy fuerte del brazo, me puso contra la pared y la parte de atrás de su brazo la puso en mi cuello, me dijo que estaba enamorado de mí, que me quedara con él, que lo perdonara, que dejara la universidad y mi casa, que él tenía un lote en el pueblo, para construir una casa donde podíamos vivir los dos, se arrodilló y me dijo que se iba a cortar las venas; que me quedara con él o se moría, tomé mucho aire y mucho más valor del que me cabía en el pecho y le dije: “Mátese y nos hace un favor a todos. Mátese aquí, porque el que amenaza no cumple”. Bajó la mirada se levantó y se fue. Yo me derrumbé, empecé a temblar, cuando entré al hotel y conté lo que había pasado, Rodrigo dijo “yo pensé que estabas con él porque como te quedaste pues todo parecía normal”.

En la mañana fui a buscar a doña Sonia, le pedí el favor que hablara con su hijo, le conté el incidente y le dije que si él me volvía a buscar debía denunciarlo por acoso. No recuerdo haber vuelto a Ladrilleros. Empecé a trabajar en La Plata, dejé de interesarme en ir, pensé que se me había acabado la pasión por ese trabajo y ese lugar.

El 2013 fue el año de quedarme en Cali, un año en el que mis visitas a Málaga fueron esporádicas. Iba cuando me invitaban y volvía a salir, debía escribir. En el mes de abril, tuve la primera versión de la tesis, terminé, el día de la sustentación estuve temprano, mientras practicaba la presentación se me aguaron los ojos, cargaba en la sustentación el peso propio del trabajo y el proceso que significó. La misma fuerza que tuve para enfrentar a Juan por primera vez la usé para ahogar mi llanto, evité derrumbarme, las letras en rojo de mis tarjetas se borraron y no pude leer lo que había escrito. Tenía el trabajo de campo en la garganta. Pude defender el proyecto formulado. Mientras presentaba, la voz se me quebró, pero no me permití llorar. No volví a Ladrilleros.

En 2015 pensé en un proyecto que me permitiera integrar lo que sabía y lo que quería investigar, no quería pasar por lo mismo así que decidí pensar en Bahía Málaga desde las instituciones estatales. Contacté a la Armada Nacional y conocí telefónicamente al Capitán Franco, quien después de un tiempo cambió el tono de las conversaciones. “Doctora, quiero preguntarle, usted por qué es tan mamacita”, entendí que se había roto la relación laboral, no quería repetir la historia y dejé de comunicarme con él.

Conseguí permiso de la oficina de acción integral en Bogotá para trabajar a la Base Naval en un escenario de relaciones institucionales formales. En octubre de 2016, visité la base naval dos veces, la persona encargada de mi visita nunca me atendió, no la conocí, solo supe que era la Teniente Rojas. Las dos veces me atendió el Capitán Franco, encargado de la oficina de seguridad de la base. En público me trataba de forma cordial y me llamaba “Doctora”, pero en cuanto se quedaba a solas conmigo, cambiaba su actitud y se insinuaba haciéndome sentir incómoda. Me valí de un amigo para que me respaldara. Él siempre estuvo al tanto de la situación, le pedí que por favor no me dejara sola con el capitán, yo pensaba que en cualquier momento podía hacerme algo.

El Capitán me abordaba en la base. En alguna ocasión me dijo: “¿Le confieso algo?, durante las reuniones de ayer, me quedaba mirándola y yo creo que usted se dio cuenta, me la imaginé...” me dio asco, tenía los ojos vacíos, no sabía cómo detenerlo, pero le hacía saber que no me gustaba su actitud.

Durante las reuniones con los oficiales mi conocimiento quedaba totalmente opacado, incluso teniendo conocimiento sobre mi trayectoria, ignoraban mis intervenciones y me explicaban cosas contenidas en mi trabajo de pregrado, tomándolo como referencia como si se tratara de dos personas diferentes.

En febrero me fui a vivir a Juanchaco para tener tiempo de terminar el trabajo de campo y sentarme a escribir el artículo final, para graduarme de la maestría, sobre Estado, Seguridad y Territorios.

Alquilé un cuarto de hotel, pensé que no me sentiría sola porque allí vivía la señora María. Le pedí que me dejara cocinar en su cocina como una excusa para tener tiempo de conocerla, me dijo que no había problema. Sin embargo, sentí mucho más la soledad estando ahí, en el hotel que cualquier otra vez que hubiera estado en la zona. Juan se desplazaba desde Ladrilleros hasta Juanchaco, un viaje en moto de pocos minutos, y me

hablaba como si nada hubiera pasado... Me buscaba con insistencia, llegaba al hotel en cualquier momento y entraba como si estuviera en su casa. Sus prácticas me atemorizaban.

Doña María no me hablaba, me dejaba cocinar después de la 1h:30 de la tarde. La cocina siempre estaba sucia, y en la mañana usaba todas las boquillas de la estufa, así que empecé a tomar café en la mañana y durante todo el día, ocasionalmente en la tarde hacía arroz que me quedaba duro y grasoso, lo combinaba con cualquier cosa y así me “alimentaba”. Muchos días me salté el almuerzo. Visitaba personas con las que necesitaba hablar, daba vueltas por el pueblo y cuando eran las 5:00 pm, hora de volver al hotel, caminaba casi media hora para subir al balcón a ver el pueblo pasar. El vecino del frente de mi balcón me asustaba, siempre estaba pendiente, siempre estaba observándome. En ocasiones me veía salir del hotel y 10 minutos más tarde me alcanzaba en la carretera “¿mona, hoy si se va a dejar llevar o no?” preguntaba. Siempre trotaba y me negaba diciendo que estaba haciendo ejercicio.

Me cambié de lugar, encontré una casa pequeña en Ladrilleros, la dueña vive en Buenaventura y fue a entregármela. La casa tenía dos habitaciones, sala, comedor, cocina, baño, sin agua ni tuberías. Yo debía cargar el agua desde unos tanques que estaban fuera de la casa. Después de un mes de sequía, no había una gota de agua en los pueblos, yo iba a la base para bañarme y llenar mis botellas con agua limpia.

El Capitán Franco empezó a controlar mis visitas, estaba conmigo todo el tiempo, me daba a entender que mi trabajo dependía de él. Cuando se me acercaba, me intimidaba, me buscaba en las noches, me perseguía. Dentro o fuera de la base no había un lugar donde yo estuviera fuera de su alcance. Finalmente, perdí la paz.

Empecé a buscar compañía, el empezó a perseguir a todo aquel que me ayudaba, hacía reclamos y preguntaba por mí y los rumores empezaron a correr, su asistente mencionó en ocasiones que yo le gustaba y que me tenía en la mira. Escribí una queja formal sobre las actuaciones del Capitán Franco sin recibir respuesta, más allá que la del mismo Capitán, preguntándome si yo me sentía incomoda, le dije que me sentía acosada. Ordenó un estudio de seguridad¹⁰ argumentando que yo estaba vulnerando la seguridad de la base, insinuó que yo podía ser una infiltrada de la guerrilla y que estaba robando

10 Los estudios de seguridad se hacen a través de formatos que se diligencian para investigar la confiabilidad de las personas que ingresan a bases militares. El estudio de seguridad para mi trabajo de campo fue ordenado por la oficina de acción integral en Bogotá ocho meses antes de la petición del Capitán Franco. En los formatos, se incluye información personal, datos familiares, cuentas bancarias, información crediticia, educación y todos los datos que las FF MM consideran importantes para determinar el grado de confianza que se le puede dar a una persona.

información confidencial. En Colombia ser asociado con la guerrilla es generar una conexión con la ilegalidad y el crimen, sacar información confidencial de una base militar es un delito, para el capitán una manera de intimidarme.

Durante el tiempo que permanecía en mi casa de Ladrilleros llegaban oficiales ocasionalmente en la noche para preguntar cosas de mi trabajo, me intimidaban, sabían dónde vivía, y a qué horas encontrarme, me sentí perseguida, tuve pesadillas repetitivas, dejé de dormir, perdí el apetito y siempre tenía mucha energía, sentía mucha ansiedad, mi cuerpo gritaba desesperado.

Escribí a la universidad pidiendo un consejo, tenía un conflicto, me sentía muy acosada, al punto de sentir que estaba perdiendo la razón, pero no quería dejar mi trabajo a la mitad. No tenía miedo de la misma forma que lo sentí 5 años atrás. Mi formación y el apoyo que sentía de la universidad me decían que no estaba sola. Sin embargo, la universidad me pidió abandonar el lugar y el trabajo de campo por mi seguridad. Deje todo. Lloré mucho, lloré de rabia y de culpa, nuevamente pensé que yo había permitido esto.

Reflexiones finales

Durante siete años estuve conectada con el trabajo de campo, tras varias experiencias y la formación académica que me exige tener una mirada más crítica a lo que hago. Estas experiencias de violencia sexual me llevaron a reconocer que no me encontraba a mí misma en el trabajo que estaba desarrollando y el peso que significa ser antropóloga. Estar inscrita en esta academia ruda de naturaleza, que, aunque lo acepte menos de lo que debería, está anclada a los métodos científicos y la supuesta objetividad característica de estas disciplinas, este es el aprendizaje.

Las científicas sociales, idealizamos el campo y viajamos –según nosotras– desprovistas de nuestro rol de género. Asumimos por la enseñanza que recibimos, que no vamos a ser tratadas como mujeres sino como las científicas sociales que somos, antropólogas, sociólogas, historiadoras, etc. Terminamos asumiendo nuestro rol y lo reproducimos en las investigaciones cuando callamos nuestra experiencia real en campo. Pareciera que vamos a campo con lentes de etnógrafos no de etnógrafas.

La rudeza con que nos trata la academia la reproducimos en la manera en que presentamos los datos. La mayoría de las clases de metodologías de investigación no contemplan el acoso y el abuso sexual como una situación del campo a la que estamos

expuestas. En este sentido, no hay protocolos de seguridad que nos protejan como investigadoras. Los comités de ética de las universidades y facultades prestan mucha atención al trato que como investigadoras les damos a las personas con las que vamos a trabajar en el campo, la información que nos entregan y el extremo cuidado que debemos tener para que esa información no llegue a “las manos equivocadas”.

Las referencias de investigaciones que contemplan el acoso sexual como tema de investigación, que encontré en el proceso de escritura de este artículo, generalmente asumen –al estilo más Malinowski– que el campo está fuera de las fronteras nacionales que requieren protocolos de seguridad que se cumplan a cabalidad. En nuestro caso, para quienes hacemos trabajo de campo en lugares que consideramos “nuestra casa”, con nuestro lenguaje y entendimiento cultural, los protocolos deben ser considerados de manera distinta.

Es necesario que los comités de ética de las universidades consideren protocolos de seguridad para las y los investigadores en campo. Es también necesario que los cursos de metodologías de investigación tengan este, como un tema a abordar e incluir en los proyectos de investigación y enseñanza.

En la preparación para “salir a campo” las etnógrafas debemos desarrollar protocolos propios de seguridad que consideren alertas tempranas cuando nos sintamos en peligro. Como lo sostienen G. Sharp y E. Kremer (2006) es imperativo crear contactos de confianza que puedan auxiliar a las investigadoras en campo, llamadas de alerta, palabras claves de peligro, aprender y adoptar un lenguaje en clave, que sea entendido por la investigadora y su contacto de confianza, e incluso de ser posible personas de confianza en campo que puedan servir de auxiliares.

Como muchas investigadoras yo no tuve, ni antes ni después, un protocolo de seguridad que fuera seguido estrictamente por alguna persona en mi círculo cercano y en la universidad. La única manera de sentirme acompañada fue tener a mi mascota conmigo todo el tiempo. En las noches de insomnio llamaba a mi novio, debió ser tortuoso y desesperante saber que podía estar corriendo peligro y sin importar lo que pasara, no podía hacer nada por mí, más que acompañarme telefónicamente hasta que en algún momento conseguía dormir.

Finalmente, es necesario que las y los profesores-investigadores de las universidades y facultades de Ciencias Sociales se entrenen para situaciones en que las investigadoras y

estudiantes sean víctimas de acoso sexual Cada universidad debe tener una ruta de apoyo y seguimiento a las y los investigadores en campo para afrontar de manera adecuada estas situaciones. En Antropología tenemos la responsabilidad de repensar la manera en que estamos formando a las nuevas generaciones de etnógrafas para que no se escriban más, estas etnografías del silencio.

Referencias Bibliográficas

- COFFEY, Amanda. *The ethnographic self-fieldwork and the representation of identity*. Sage, Londres, 1999.
- ELLIS, Caroline; Adams, Tony; BOCHNER, Arthur.. En Forum Qualitative Social Research. Volume 12, No.1, 2011.
- GOLDSTEIN, Daniel. “Qualitative research in dangerous places: becoming an “ethnographer” of violence and personal safety.” In: *Social Science Research Council, Working Papers*. Rutgers University, 2014. Pp.1-18.
- KREMER, Emily; SHARP, Gwen. “The Safety Dance: confronting harassment, intimidation, and violence in the field”. En: *Sociological Methodology*, Vol. 36, 2006, pp. 317-327.
- MORENO, Eva. “Rape in the field: reflections from a survivor”. En: Kulick, Don; Wilsson, Margaret (eds). *Taboo: Sex, identity, and Erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. Rutledge: London and New York, 1995, p, 219-250.
- ROSS, Karen.. “No Sir, She Was Not a Fool in the Field’: Gendered Risks and Sexual Violence in Immersed Cross-Cultural Fieldwork”. En: *Professional Geographer* 67: 2015, p.180-186.
- THEIDON, Kimberly. “How was your trip?’ Self-care for researchers working and writing on violence”. En: Drugs, security and democracy program DSD working papers on research security: N° 2. 2014, pp 1–17. Harvard university.

autora

Natalia Escobar Garcia
É antropóloga vinculada à Universidad Icesi, em Santiago de Cali, Colômbia.

Recebido em 18/12/2017
Aceito para publicação em 17/11/2018